

Juan Uribe Echeverría

Vinicius de Moraes

Especial para «Atenea»



VINICIUS de Moraes es uno de los poetas jóvenes más logrados con que cuenta la poesía brasileña contemporánea.

Pertenece a una familia de escritores: los Moraes. El poeta es bisnieto del historiador poeta y folklorista Alexandre de Melo Moraes Filho y sobrino-nieto del folklorista Mario Moraes Filho.

Nació en 1913, en Río de Janeiro, pero vivió su niñez en la Isla del Gobernador, uno de esos paraísos encantados en que abunda la bahía de Guanabara. Cursa humanidades con los jesuitas y se somete a los estudios de Derecho en la Facultad de Río hasta 1933. En este año publica «El camino para la distancia», su primer libro de poemas. En 1935 fué agraciado con el premio nacional de poesía que concede la «Sociedad Felipe d'Oliveira», con su segundo volumen de versos «Forma y Exégesis». Da a la estampa en 1936 y edición limitada su poema «Ariana, la mujer», en 1938 aparecen los «Nuevos Poemas» y con-

sigue una beca de estudios en Oxford donde se perfecciona en lengua y literatura inglesas.

Vuelve al Brasil en plena guerra para actuar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En el diario «La Mañana» publica semanalmente críticas de cine. Muy interesado en este arte, de Moraes da conferencias y proyecta la formación de un «Cine Club» que venga a renovar el gusto «carioca» por las buenas películas.

Vinicius de Moraes es una de aquellas personas cuyo trato es indispensable para conocer el medio artístico brasileño y ciertos ambientes del Río de Clackout.

Mantiene con Ruben Braga, insuperable «cronista» una simpática peña literaria que se reúne al atardecer en el Café «Porto Alegre», frente al monumental edificio del A. B. I. Asociación Brasileña de Prensa. Este Café es famoso en Río con el apodo (vermelhinho) de (el coloradito) nombre originado por el rojo subido de las sillas y las emociones artísticas de sus concurrentes. La parroquia de «El Vermelhinho» está formada por jóvenes pintores y arquitectos y por las más hermosas damiselas interesadas en alguna de estas tres profesiones. Al «Vermelhinho» llegan directamente de la estación de Pedro II los jóvenes artistas de São Paulo, Porto-Alegre y Belo Horizonte. Forman parte de esta «panela» (1) o «rodinha» (2), Vinicius de Moraes

(1) Panela: Vasija para cocer alimentos.

(2) Roda: Se aplica como «panela» para significar grupo de personas afines.

en su calidad de joven cardenal los Cavalcanti—Di y Noemia—pintores paulistas; el cronista Ruben Braga, Oswaldo de Andrade el novelador de las multitudes de São Paulo; el dibujante Augusto Rodriguez; Luis Martins, crítico de arte; Moacir Werneke, ensayista; V. Echenique, mecenas y «bazendeiro» gaucho; Rangel, folklorista y violeiro; y un cantor de zambas sentimentales «que una vez mató por amor», el moreno Ismael Silva. Defiende sus derechos de vendedor exclusivo de billetes de lotería en dicho Café, un notable poeta popular venido del Estado de Alagoas y descubierto por Vinicius Moraes: el moreno Gaudino. Este poeta usa bastón y lleva, con categoría de uniforme, una roja camiseta del color de las sillas del Café. Pero este grupo no bebe café. Vinicius impone el «chop» y el silencio. Es sólo la primera etapa de la reunión. Una vez disminuidas, con las primeras horas de la noche la longitud excesiva de las «bichas» (nombre con que designan a la fila de hombres y mujeres que esperan ómnibus para las afueras de la ciudad) el notable equipo se traslada por zonas entenebrecidas por el black-out hacia Leblon, más allá de Capabana, un barrio de hechizo y recogimiento junto al mar. Allí en casa de Celia Murinho, gentil mecenas y animadora del grupo y la más fantástica dulcera del Atlántico, se pasan las horas comiendo golosinas nortistas y oyendo a Ismael Silva y a Vinicius de Moraes—fino cantor en guitarra—desarrollar el folklore carioca, antiguo y moderno. Vinicius es descendiente de «eres-

teiros» (serenateros) y puede cantar horas y horas con rara propiedad los más diversos estilos del folklore brasileño. En ocasiones la dueña de casa hace traer por su cuenta una «escola de zamba» completa —doce o quince bailarines y cantores— y hasta un espectáculo de macumba (inenarrable espectáculo de magia negra cantada y danzada). Cierta cálida noche de Diciembre el Chilote Campos y sus huasos hicieron una exhibición brava—esquinazo, tonada, resbalosa y cueca—de folklore chileno.

En casa de Celia supieron de otros aspectos de Brasil, Waldo Frank, Orson Welles, Oliverio Girondo, Arturo Torres Rioseco, Norah Lange, María Rosa Oliver y cuanto viajero importante o curioso ha arribado a aquellas playas de la hospitalidad.

Si Marques Rebelo y Aníbal Machado defienden y mantienen la continuidad de Río por los terrenos del cuento y la novela—siguiendo en esto a Manuel Antonio Almeida y Lima Barreto, grandes prosadores del siglo pasado—Vinicius de Moraes empapa también su poesía en vivencias cariocas finamente captadas.

De Moraes pasa por ser, entre otras cosas, el mayor poeta erótico con que cuenta la poesía brasileña contemporánea.

Hemos traducido para «Atenea» dos de sus poemas uno erótico y otro que guarda más relación con su estilo de trovero mayor de la ciudad que él tan bien vive y conoce.

BIBLIOGRAFÍA DE VINICIUS DE MORAES

- «El Camino para la distancia». Schmidt. Río, 1933.
 «Ariana, la mujer». Hermanos Pongetti. Río, 1936.
 «Nuevos Poemas». Librería José Olimpio. Río, 1938.
 «La Moderna Poesía Brasileña». Ensayo publicado en la revista
 «Sur» de Buenos Aires. Septiembre de 1942.
 «Cinco Elegías». Pongetti. Río, 1943.

LA VUELTA DE LA MUJER MORENA

Mis amigos, mis hermanos, cegad los ojos de la mujer
 [morena
 Que los ojos de la mujer morena me están envolviendo,
 Y me están despertando de noche.
 Mis amigos, mis hermanos, cortad los labios de la
 [mujer morena
 Ellos son maduros y húmedos e inquietos
 Y saben sacar la voluptuosidad de todos los fríos.
 Mis amigos, mis hermanos, y vosotros que amáis la
 [poesía de mi alma
 Cortad los pechos de la mujer morena
 Que los pechos de la mujer morena sofocan mi sueño
 Y traen colores tristes para mis ojos.
 Joven campesina que me enamoras cuando yo paso en
 [las tardes
 Tráeme para el contacto casto de tus vestidos
 Sálvame de los brazos de la mujer morena
 Ellos son lazos, quedan extendidos inmóviles a lo largo
 [de mí

Son como raíces vertiendo resina fresca
Son como dos silencios que me paralizan.
Aventurera del Río de la Vida, compra mi cuerpo
[en la mujer morena
Líbrame de su vientre con la campiña matinal
Líbrame de su dorso como el agua corriendo fría.
Blanca abuela de los caminos, reza para que se vaya
[la mujer morena
Reza para que la vejez roa dentro de la mujer morena
Que la mujer morena está curvando mis hombros
Y está trayendo tos para mi pecho.
Mis amigos, mis hermanos, vosotros que guardáis
[todavía mis últimos cantos
Dad muerte cruel a la mujer morena.

(«Forma y exégesis»).

LA DESESPERACION DE LA PIEDAD

Mi Señor, ten piedad de los que andan en tranvía
Y sueñan en el largo recorrido con automóviles,
[departamentos . . .
Más ten piedad también de los que andan en automóvil
Cuando enfrentan la ciudad movediza de sonámbulos,
[en la dirección.
Ten piedad de las pequeñas familias suburbanas
Y en particular de los adolescentes que se emborrachan
[de domingos

Pero ten más piedad todavía de dos elegantes que pasan
Y sin saber inventan la doctrina del pan y la guillotina.

Ten mucha piedad del mocito flaco, tres cruces, poeta
Que sólo tiene de él las costillas y la pequeña enamorada
Pero ten más piedad todavía del impávido fuerte coloso
[del deporte
Que se encamina luchando, remando, nadando para la
[muerte.

Ten inmensa piedad de los músicos de cafés y casas
[de té
Que son virtuosos de la propia tristeza y soledad.
Mas ten piedad también de los que buscan el silencio
Y de súbito se abate sobre ellos un aria de Tosca.

No olvidad tampoco en vuestra piedad a los pobres
[que se enriquecieron
Y para quienes el suicidio es todavía la más dulce
[solución
Pero ten realmente piedad de los ricos que se empobre-
[cieron
Y tornanse heroicos y dan aire de grandeza a la santa
[pobreza.

Ten infinita piedad de los vendedores de pájaros
Que en sus almas claras dejan la lágrima y la incom-
[prensión.
Y ten piedad, piedad también, aunque menos, de los
[vendedores de mostrador

Que aman a los clientes y salen de noche, quién sabe
[adónde van.

Ten piedad de los barberos en general y en los pelu-
[queros

Que se afeminan por profesión pero que son humildes
[sus caricias

Mas ten mayor piedad todavía de los que se cortan el
[pelo

¡Qué espera, qué angustia, qué indigno, Dios mío!

Ten piedad de los zapateros y de los vendedores de
[zapatería

Que recuerdan magdalenas arrepentidas pidiendo pie-
[dad por los zapatos.

Pero acordáos también de los que calzan de nuevo.
Nada peor que un zapato apretado, Señor Dios.

Ten piedad de los hombres útiles como los dentistas
Que sufren de utilidad y viven para hacer sufrir.

Mas ten más piedad de los veterinarios y prácticos de
[farmacia

Que mucho gustarían de ser médicos, Señor.

Ten piedad de los hombres públicos y en particular de
[los políticos

Por su habla fácil, mirar brillante y seguridad de
[gestos de la mano.

Pero ten más piedad todavía de sus criados, próximos
[y parientes

Haced, Señor, que de ellos no salgan políticos, también.

En el largo capítulo de las mujeres, Señor, ten piedad
 [de las mujeres
 Castigad mi alma, mas ten piedad de las mujeres
 Enloqueced a mi espíritu, mas ten piedad de las mujeres
 Ulcerad mi carne, mas ten piedad de las mujeres]

Ten piedad de la moza fea que sirve en la vida
 De casa, comida y ropa lavada de la moza bonita.
 Mas ten más piedad todavía de la moza bonita
 Que el hombre molesta—que el hombre no sirve, no
 [sirve, Dios mío]

Ten piedad de las mozas pequeñas de las calles
 [trasversales
 Que de apoyo en la vida sólo tienen la Santa Ventana
 [de la Consolación.

Y sueñan axaltadas, en los cuartos humildes,
 Los ojos perdidos y el seno en la mano.

Ten piedad de la mujer en el primer abrazo
 Donce se crea la primera alegría de la creación
 Y donde se consuma la tragedia de los ángeles
 Y donde la muerte encuentra la vida en desintegración.

Ten piedad de la mujer en el instante del parto
 Donde ella es como agua explotando en convulsión,
 Donde ella es como la tierra vomitando cólera
 Donde ella es como la luna pariendo desilusión.

Ten piedad de las mujeres llamadas «separadas»
Porque en ellas se rehace misteriosamente la virginidad.
Mas ten piedad también de las mujeres casadas
Que se sacrifican y se simplifican a cambio de nada.

Ten piedad, Señor, de las mujeres llamadas vagabundas
Que son desgraciadas y son explotadas y son infecundas,
Mas que venden barato mucho instante de olvido
Y en cambio el hombre mata con la navaja, con el
[fuego, con el veneno.

Ten piedad, Señor, de las enamoradas
De cuerpo hermético y corazón patético
Que salen a la calle felices mas que siempre entran
[desgraciadas
Que se creen vestidas mas que en verdad viven des-
[nudas,

Ten piedad, Señor, de todas las mujeres
Que nadie más merece tanto amor y amistad
Que nadie más desea tanta poesía y sinceridad
Que nadie más precisa tanto de alegría y serenidad.

Ten piedad de ellas, Señor, que son puras
Que son niñas y son trágicas y son bellas
Que caminan al soplo de los vientos y que pecan
Y que tienen la única emoción de la vida en ellas.

Ten piedad de ellas, Señor, que una me dice
Tener piedad de sí misma y de su loca mocedad
Y otra, a la simple emoción de amor piadoso
Deliraba y se deshacía en gozos de amor y carne.

Ten piedad de ellas, Señor, que dentro de ellas
La vida hiere más hondo y más fecundo
Y el sexo está en ellas, y el mundo está en ellas
Y la locura reside en ese mundo.

Ten piedad, Señor, de las santas mujeres
De los niños viejos, de los hombres humillados, sed
[en fin
Piadoso con todos, que todo merece piedad,
Y si piedad os sobrara, Señor, ten piedad de mí

(«Cinco Elegías»).